

La política exterior de EEUU a debate

ALASTAIR CROOKE :: 06/11/2025

¿Se le permite a Trump firmar un acuerdo con China (pero no con Rusia o Irán)?

La política exterior estadounidense, impregnada de la arrogancia de haber ganado la Guerra Fría militarmente (en Afganistán contra la URSS), económicamente (mercados liberales) y también culturalmente (Hollywood), merece, como dice Trump, el “placer” de “gobernar tanto el país como el mundo”.

Pues bien, esta política está ahora en tela de juicio por primera vez.

¿Tendrá esto importancia?

Este mes, la Organización RAND, una institución cuya sombra ha planeado durante mucho tiempo sobre los asuntos de política exterior de EEUU, ha analizado la arrogancia de la Guerra Fría hacia China.

Aunque el informe se centra en la preocupación de EEUU por la amenaza del auge de China, las implicaciones de cuestionar la doctrina —según la cual no se puede tolerar ningún rival a la hegemonía estadounidense, ni financiera ni militar— afectan al núcleo mismo de la política exterior estadounidense.

La conclusión principal de RAND es que “China y EEUU deberían comprometerse a alcanzar un *modus vivendi*” juntos, “aceptando cada uno la legitimidad política del otro y limitando, al menos en una medida razonable, los intentos de debilitarse mutuamente”.

Proponer que cada parte reconozca y acepte la legitimidad de la otra, en lugar de ver a la otra como una amenaza maligna, representaría en sí mismo una pequeña revolución.

Pero si se aplicara a China, ¿por qué no se aplicaría también a Rusia o Irán?

Aún más significativo: RAND prescribe que los dirigentes estadounidenses en particular deberían rechazar la idea de una “victoria absoluta” sobre China, así como aceptar la política de una sola China, dejando de provocarla con visitas a Taiwán con fines militares, diseñadas específicamente para mantener a China bajo amenaza y ansiedad.

Esto ocurrió en vísperas de la reunión programada entre Trump y el presidente Xi Jinping en Kuala Lumpur celebrada el 30 de octubre, en la que Trump buscó -y no se sabe si consiguió- un “acuerdo comercial” con China que reafirme su dominio y le dé espacio, si es posible, para sus planes radicales de reestructuración del panorama financiero estadounidense.

¿Puede Washington aceptar realmente el cambio propuesto por RAND? Es que RAND tiene un peso real en Washington: ¿refleja este informe quizás una fractura en la arquitectura estructural del Estado profundo? Otras señales (en Oriente Medio y Asia occidental)

apuntan en la dirección opuesta.

EEUU lleva décadas adoptando la misma estrategia de política exterior.

¿Serían capaces, entonces, de una transformación cultural tan radical como la que preconiza RAND? Occidente está en declive, sin duda. Pero ¿esto hace más fácil o más difícil aceptar una dosis de sentido común de RAND?

En lo que respecta a China, parece que en los círculos de defensa estadounidenses se ha impuesto la opinión técnica de que EEUU no puede enfrentarse militarmente a China en absoluto.

Sin embargo, cualquier cambio profundo requiere tiempo para ser plenamente asimilado y puede verse frustrado por acontecimientos inesperados.

Hay varios cisnes negros potenciales que nos esperan en este momento. ¿Y quién lideraría un cambio así en la autopercepción nacional? ¿El verdadero cambio (institucional) vendría de arriba o de abajo?

Si fuera “de abajo hacia arriba”, ¿podría tratarse de un empuje populista impulsado por el lema “America First”, o por la pérdida de la Cámara de Representantes por parte de Trump y el Partido Republicano en las elecciones de mitad de mandato?

En cierto sentido, RAND tiene claramente razón cuando afirma que, más allá de una puesta en escena a corto plazo, EEUU ya no es capaz de ganar una guerra económica o tecnológica —o un conflicto militar— con China a largo plazo.

Por ahora, parece perfilarse una tregua precaria. ¿Pero por cuánto tiempo?

El Wall Street Journal ha sugerido una perspectiva diferente del habitual consenso de Washington:

Durante su primer mandato, Trump a menudo frustró a Xi Jinping con su mezcla despreocupada de amenazas y cordialidad.

“Esta vez, el líder chino cree haber descifrado el código”, escribe el WSJ: Xi ha abandonado la práctica diplomática tradicional y ha creado una nueva, específicamente para Trump.

Después de una larga preparación, sostiene el WSJ, Xi ha decidido reaccionar con aún más dureza en un intento de ganar influencia sobre Trump, al mismo tiempo que proyecta fuerza e imprevisibilidad, cualidades que, en su opinión, el presidente de EEUU admira.

Aparentemente, China está decidida a imponerse con fuerza. Quiere liderar la dinámica y confía en que este enfoque intransigente obtendrá una respuesta rotundamente positiva en China (y en el resto del mundo, como el WSJ omite reconocer).

La pregunta es: ¿cómo podría afectar la respuesta de Xi en EEUU? Sin embargo, la gran

pregunta sigue sin respuesta: ¿quién controla la política exterior de EEUU?

Una respuesta obvia tras el fiasco de la cumbre de Budapest (no) es que Trump tiene poca o ninguna influencia en este ámbito de la política exterior.

Está completamente cooptado. Y ha recibido un simple ‘recordatorio’ en este sentido por parte de los “poderes fácticos”: “Ninguna normalización con Moscú”.

Un alto el fuego, “sí”; porque un conflicto congelado, libre de restricciones al rearme de Ucrania, daría al establishment de la OTAN la oportunidad de redefinir el conflicto, pasando de una derrota estratégica de la OTAN a una victoria “temporal”, mediante la difusión de la gastada narrativa de un progresivo debilitamiento de la economía rusa.

Esta formulación artificiosa mantiene —al menos en la mente de los europeos— la promesa de un alto el fuego definitivo en una fase posterior, imponiendo a Rusia costes continuos que al final la obligarían a aceptar dicho alto el fuego.

El problema de este engaño es que Moscú no aceptará en absoluto un conflicto congelado, y aun menos cuando el campo de batalla está conduciendo a la victoria rusa.

La realidad es que el resultado final en Ucrania será el que sea. Los europeos lo saben, pero no pueden decirlo porque no logran orientarse en un mundo en el que su forma de ver las cosas ya no prevalece.

Si este ludismo se considera una “palanca” occidental, entonces es efímero y desaparecerá tan pronto como las realidades económicas en Europa se hagan sentir.

¿Qué explica entonces la debacle rusa de Trump? Por un lado, ha sido el veto de los megadonantes proisraelíes, para quienes es necesario preservar a toda costa la hegemonía militar de EEUU que respalda a Israel.

Sin ella, Israel no puede existir. Muchos, si no todos, los miembros del equipo de Trump han sido impuestos desde fuera por algunos donantes fanáticos y multimillonarios que piensan de la misma manera. (Trump fue sorprendentemente sincero sobre esta realidad durante su discurso en la Knesset el mes pasado).

Algunos de estos donantes de Trump también forman parte de la facción (separada) de Wall Street que, además de ser filisionista, tiene en mente intereses financieros más amplios.

El sistema financiero estadounidense necesita desesperadamente reforzarse con garantías colaterales (es decir, activos con valor intrínseco, como petróleo, recursos naturales, etc.) para respaldar un sistema bancario paralelo estadounidense excesivamente endeudado.

Esta facción proisraelí de Wall Street (la franca) sigue pidiendo una repetición de la “Rusia de los años noventa” (por improbable que sea). Pero también comparte, con el principal bloque de donantes proisraelíes, la determinación de Israel de mantener a Rusia fuera de Oriente Medio, una determinación reforzada por el conflicto en Ucrania.

El 7 de octubre de este año, Netanyahu imploró a Putin que no armara a Irán, amenazando

aparentemente con represalias en Ucrania.

El cálculo del acuerdo comercial con China, para esos donantes, es completamente diferente.

Si Trump llegara a un acuerdo comercial ‘fuerte’ con China, la Casa Blanca lo vería como una amenaza a la capacidad de Canadá para ensamblar componentes de bajo costo procedentes de China y otros países para su transbordo y venta en el mercado estadounidense.

Un acuerdo con China daría a Trump más influencia de cara a la fase de disolución del T-MEC (Tratado entre México, EEUU y Canadá) en 2026. Aun más, un acuerdo con China sobre el control de las exportaciones de tierras raras sería claramente fundamental para todo el sector tecnológico estadounidense.

El control de China sobre la cadena de suministro de tierras raras no solo es dominante, sino que es prácticamente inexpugnable. Con el 70 % de las tierras raras del mundo (el 100 % de algunos metales) y el 94 % de la capacidad de refinado, Pekín ha preparado y construido una fortaleza en torno a uno de los insumos más críticos para la tecnología moderna.

Hay otra razón, quizás incluso más importante, por la que EEUU necesita urgentemente que China le “salve”.

La base jurídica de la ofensiva arancelaria global de Trump se ha alejado cada vez más de la excepcionalidad de la “emergencia económica”, es decir, de la claridad de la Constitución de los EEUU según la cual la autoridad para aumentar los ingresos, en principio, corresponde al Congreso y no es un requisito previo del Ejecutivo (se podría argumentar que los aranceles son ingresos).

Está claro que Trump ha aprovechado al máximo la justificación de la “emergencia económica”. Los primeros casos de aranceles aduaneros llegaron al Tribunal Supremo el 1 de noviembre. Y si el Tribunal falla en contra de Trump, podría ordenar la devolución de todos los ingresos arancelarios acumulados hasta ahora.

¿Cuál sería el impacto en la política exterior de EEUU, dado que los aranceles se han instrumentalizado para obligar a los Estados a pagar grandes sumas a EEUU (en relación con las inversiones de capital entrantes)?

Es demasiado pronto para saberlo. Pero en el caso de China, Trump y EEUU necesitan desesperadamente un acuerdo.

La política económica de Trump, en términos más generales (a menos que sea revocada por el Tribunal Supremo), marca un cambio permanente en el panorama económico y geopolítico. No se volverá a la situación anterior, tal y como existía antes de noviembre de 2024.

El orden de las cosas, que antes prevalecía y estaba interconectado a nivel mundial, está

siendo barrido y, en su lugar, está surgiendo un nuevo orden formado por bloques económicos autónomos con alianzas internas, cadenas de suministro y tecnologías propias.

En otros ámbitos de la política exterior, un cambio de rumbo tan radical es menos probable, al menos por ahora.

Los multimillonarios proisraelíes que están detrás de Trump no se detendrán ante nada en sus esfuerzos por apoyar al régimen de Netanyahu en su objetivo de imponer un Gran Israel basado en una nueva Nakba.

Pero a largo plazo, el predominio proisraelí en la política exterior es menos seguro. El apoyo de los jóvenes estadounidenses a Israel se está desvaneciendo. El Congreso seguirá “comprado” por el AIPAC y Trump se ha definido irreversiblemente como un partidario incondicional de Israel.

Se ha abierto una brecha entre Trump y su base MAGA. E Israel ha comenzado a entrar en pánico por el cambio de actitud antiisraelí y “America First” que se está produciendo entre los jóvenes estadounidenses.

A pesar de la posible redefinición de los distritos electorales en el sur de EEUU, provocada por las impugnaciones a la Ley de Registro de Votantes de 1965 (que podría garantizar al Partido Republicano otros 12 escaños en la Cámara), Trump podría perder las elecciones de mitad de mandato.

Esto significa que, en la práctica, el programa de Trump solo tendría un año para llevarse a cabo, antes de verse abrumado por el obstruccionismo demócrata, las investigaciones o incluso los intentos de destitución.

El motivo de la prisa de Trump es evidente. Por supuesto, quizás nada de esto suceda y las clases dirigentes estadounidenses (y europeas) podrían relajarse y dar un suspiro de alivio ante la posibilidad de retomar el antiguo programa.

Pero la complacencia estaría fuera de lugar. El antiguo mundo confortable no volverá. Los jóvenes, en todo caso, son mucho más radicales.

Conflicts Forum's Substack / observatoriodebajad.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-politica-exterior-de-eeuu-a-debate>